

## LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XIX —

VEJARANO JORGE RICARDO. (1880-1951). *Rutas del Mundo*. Editorial Cromos. Bogotá, 1942. 12½ x 21. 374 págs.

Don Jorge Ricardo Vejarano, nació en Pasto, capital del departamento de Nariño, el 10 de julio de 1880. Cuando cumplió 7 años, fue a Popayán, de donde era oriunda su distinguida familia, y allí cursó estudios de primaria, terminados los cuales volvió a Pasto, a cursar algunos años de bachillerato en el famoso colegio que desde entonces tenían los jesuitas en esta ciudad. Más tarde concurrió a los claustros de la Universidad del Cauca, y luego a los del ilustre Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. La guerra de los mil días interrumpió la culminación de sus estudios profesionales. Dedicado a la industria, desde 1912, en el oriente colombiano, fundó en Villavicencio diversas empresas, que prosperaron ampliamente. El cuidado de ellas no le impidió, sin embargo, dedicarse también, con rara fortuna, al cultivo de la literatura y de la historia, principalmente. Fue miembro de número y presidente (1944-1945) de la Academia Colombiana de Historia, y correspondiente de las de Venezuela y el Ecuador, del Centro de Historia de Pasto, de la Sociedad Bolivariana del Ecuador, de la Colombo-argentino-venezolana, de Buenos Aires, de la Sociedad France Amerique, de París, etc. Insigne viajero, recorrió los cuatro continentes mayores del globo, dejándonos de sus excursiones, realizadas entre 1929 y 1935, un magnífico libro de viajes, *Rutas del Mundo*, del que se hizo, hace años, edición muy limitada, siendo por ello, hoy, una verdadera rareza bibliográfica.

En el prólogo que en octubre de 1941 escribió el Maestro Valencia para este libro, al referirse a su autor, lo distingue con el gentilicio de "payanés". Lo eran, sí, sus antepasados, pero no Jorge Ricardo, quien nació en Pasto, vivió varios años en su ciudad natal y recibió en ella parte importante de su educación secundaria. Conservaba de Pasto recuerdos gratisimos. Hablaba con efusión de sus compañeros de colegio y solía hacer amistad con algunos de sus paisanos de generaciones posteriores a la suya. Lo conocimos en 1938, en Bogotá, en la Academia Nacional de Historia, en ocasión de las festividades académicas realizadas entonces, con motivo del cuarto centenario de la fundación de la capital de Colombia.

Varias veces fue a visitarnos, en años siguientes, al viejo Hotel Granada, de tantos recuerdos, donde solíamos hospedarnos en Bogotá. Y era entonces el tema de la ciudad nativa, y de sus gentes, el predilecto de sus conversaciones.

Nadie, por otra parte, ha escrito una defensa tan filialmente afectuosa, una explicación tan clara y convincente de la actitud de Pasto en los años heroicos y trágicos de la guerra de emancipación, como la que hizo Jorge Ricardo Vejarano en el Capítulo XV de su magna biografía de *Nariño*, en la que describió, con benedictina documentación y en estilo de oro, la vida, los infortunios y la talla histórica del Precursor de la independencia nacional.

“...El realismo de las provincias del Sur, de la ciudad de Pasto especialmente, —dice— es algo que no se olvida, que no se perdona, que no se ha sometido hasta ahora a crítica alguna...”. Y, tras varias páginas densas de erudición y doctrina, en las que explica las influencias socio-geográficas de la ciudad del sur, sus modalidades peculiares, su situación política en los últimos años del régimen colonial hispanoamericano, la índole de los amplios núcleos de pura cepa española que la poblaron, y la parte que les cupo en la guerra de emancipación a las familias dirigentes de Pasto, sintetiza su pensamiento, con altivo orgullo de pastense, de esta manera:

“Si en aquellos tiempos y en aquella confusión hubo un pueblo que diera señales de cordura, de intrepidez para defender el orden social amenazado de muerte, de lealtad hacia lo que era digno de lealtad, de amor a la tradición que es el único corcel sobre el cual se alcanza a llegar al porvenir, ese fue el de Pasto. Una historia culta, de comprensión y de crítica, está aun por escribirse alrededor de la noble actuación de ese pueblo entre aquellos tiempos y entre tal ambiente. Que lo maldigan y lo infamen los narradores de episodios, ellos que sólo han alcanzado a ver que Pasto se batió contra los patriotas. Patriotas y grandes patriotas fueron aquellos pueblos, a su tiempo y a su manera. Patriotas que después de consolidada la república y hecha su evolución ideológica, han defendido con heroísmo las fronteras de la patria. Si Colombia tiene núcleos de población que han de garantizar su ritmo, que no han de permitir jamás que el equilibrio y la moral social sean rotos por los inevitables perturbadores, que asaltan las rutas pacíficas y justas por donde marcha la sociedad a la conquista de sus destinos, esos núcleos habrá que irlos a buscar en el seno de esas montañas apacibles en donde el hombre guarda el reposo, el silencio, la dignidad de quien se siente fuerte por su esfuerzo, libre por su respeto, eterno por su apego a los principios eternos...”. (*Ob. cit.* Edit. Santa Fe. Bogotá, 1938. Págs. 197 y 210).

El libro *Rutas del Mundo* se divide en cuarenta capítulos, en los cuales se refiere el autor a motivos tan hermosos, o tan sugerentes, o tan emotivos, como estos: Primeras visiones de París; El aliento de Viena; Un cartujo bogotano; La espantosa catástrofe de Saint Pierre; Impresiones de Jerusalén; Noche de Egipto; Tocando el Polo Norte; Casablanca; La Legión Extranjera; El mar delicioso del Sahara; Noches de oro del

Sahara; Impresiones de Rumania; La noche sangrienta de Belgrado; Estampas brasileras; La dulzura de un coloso, etc.

*Rutas del Mundo* es un libro que se lee más que con interés, con deleite, con regusto. Tiene pasajes subyugadores, apasionantes, en los que la expectativa crece, a medida que el lector va devorando las páginas, como si se tratara de una novela de intriga y de misterio. Vejarano, el industrial, el historiador, tiene alma de poeta, y, cuando viaja y narra sus viajes, se detiene a contemplar, antes que el aspecto simplemente material o práctico de las cosas, que para él parece no tener importancia, su sentido estético, lo que encierran de eternamente bello las manifestaciones de la naturaleza y las obras humanas: la hermosura de la mujer, el esplendor del mar y de las montañas, la soledad del desierto ilímite, el encanto de una flor exótica, el contenido evocador de las ceremonias religiosas, la milenaria historia de las ruinas de abolidas civilizaciones, la verdadera fisonomía espiritual de las más renombradas ciudades del universo. Y esas narraciones, en el más claro, diáfano y sugerente estilo literario, sin el cual es imposible hacer de un libro de viajes, como Vejarano hizo del suyo, una obra de arte.

Hay un capítulo, el final del libro, que tiene este título: *La industria lanar en la Patagonia*. Cualquiera creería que se trata de un prosaico desfile de datos estadísticos, de un hacinamiento de guarismos sobre el comercio de exportación de lanas y carnes, o cosa parecida. No hay tal. El narrador, forzado por determinadas circunstancias a hablar de semejante tema, cumplió su cometido, pero de qué manera! El mismo lo explica, con su peculiar maestría, con estas palabras, ajenas a todo sabor de prosaísmo:

“Al andar por el mundo se produce un inevitable desdoblamiento de la personalidad. Nuestra parte orgánica nos llevará siempre del lado de la observación fría y positivista, ocultándonos el paisaje y mostrándonos tan solo la capacidad nutritiva de las tierras que visitamos y la densidad y fuerza fisiológica de los pueblos que deben sacar de ellas su sustento. Es una investigación intuitiva a la que nos conduce nuestra naturaleza animal. Y hay otra: la que obliga al mismo viajero a olvidar la vida inferior y lo conduce a contemplar el horizonte desde las ventanas bien abiertas de su fantasía, de su capacidad sensitiva, de sus reflejos nerviosos, de su poder creador y soñador. Calibán y Ariel van siempre así dentro de nuestro equipaje y triunfará aquél que se haya más hondamente incrustado en nuestro sér.

“Yo acabo de contornear la América del Sur. Dentro de mi caja sonora llevo no pocas melodías que pude escuchar recorriendo tan vasto mundo, y dentro de mi retina traigo luces y líneas que bien quisiese mostrar al público si me sintiera capaz de ello y fuera esta la ocasión. Y entre mis más fuertes impresiones destacaría las recibidas al navegar desde Bahía Blanca hacia el sur de la Argentina a bordo de un vapor chileno de nombre Arauco, gran marino que en mejores tiempos hacía la vuelta al mundo.

“Va conmigo un otro y único pasajero. Es un adorable profesor español, establecido en la Argentina después de muchos años, poeta sensi-

bilísimo, que cumplida ya su misión de padre, pues su familia se halla establecida y dispersa, y cumplida también su misión educadora, va de aquí para allá soñando y cantando. Libre de todas las obligaciones de la vida, espera impávidamente y distrayéndose como puede alrededor de la estación solitaria, a que llegue el tren, el último que debe tomar hacia un país desconocido y misterioso del que nunca se regresa.

“Son días y tardes, y noches de una navegación silenciosa. Leo el incomparable *Magallanes* de Zweig: leo un volumen de Hudson, una especie de libro harmónico, lleno de los más melancólicos acentos que se llama *Días de ocio en la Patagonia*. A la caída del sol, que es cuando generalmente aquellos mares terribles tienen sus minutos de reposo, el bardo errante y yo, recostados sobre la borda del buque, con nuestros anteojos colgados al cuello, cambiamos algunas palabras y vemos correr la cinta interminable de esta Patagonia Argentina, incomparablemente desierta, luminosamente encendida por un sol ya semipolar, marcada de trecho en trecho por faros solitarios a cuyo alrededor diminutas figurillas humanas, envueltas en gruesas mantas o en pieles, parecen hacer señales desesperadas al barco que perturba su infinita soledad. No es un sueño lo que yo contemplo. Es esa misma tierra que allá en mi lejana patria y en mi más lejana niñez, yo nombraba en coro, con grito monocorde, cuando la vieja señorita de nuestra escuela nos hacía recitar los nombres de los países de la América del Sur: —*Y la Patagonia que está poco habitada...*”. (Págs. 355-356).

¿Y sobre la industria lanar, qué en definitiva?, preguntará el lector de esta nota bibliográfica. —Pues que el autor nos entera de todo lo concerniente a ella, en tierras patagónicas: sus orígenes, en 1873, su desarrollo, a favor de la actividad incomparable de su fundador, el español José Menéndez; el fabuloso enriquecimiento ulterior de su familia; la acción del gobierno chileno para propiciar la cría de ganado lanar, como factor de riqueza general del país; los métodos de mantenimiento y explotación de los ganados; los sistemas de transporte y, en fin, cuantas peculiaridades desee saber el interés de los técnicos o la simple curiosidad de los profanos. Pero todo con tal amenidad, con tan cautivadora sencillez, con tal maestría artística, en suma, que el lector del capítulo experimenta el placer estético de estar leyendo un cuento magnífico.

Vejarano nos recuerda, en este capítulo de *Rutas del Mundo*, el encuentro en Marruecos, del General Rafael Reyes, a raíz de su caída de la presidencia, con el industrial español José Menéndez, y su ulterior entrevista en Punta Arenas, con el envío que hizo aquél, a solicitud de éste, de un verdadero experto que, después de recorrer gran parte de Colombia, conceptuó que la industria lanar era perfectamente viable entre nosotros. Y se duele de que hubiesen pasado los años, los lustros y los decenios, sin que los encargados de estudiar estas posibilidades en el país, hubiesen hecho cosa alguna para ensayar siquiera un principio de verdadera industria lanar entre nosotros, muy al contrario de lo que aconteció en el Perú, que en veinte años de labor, con carneros de Magallanes, logró una población ovina de seis millones de ejemplares.

No es todo. Nos asombra saber, como lo cuenta Vejarano, la ninguna atención que el gobierno pusiera a las apremiantes instancias del entonces embajador de Colombia en Chile, doctor Chaux, para que se aceptase un ofrecimiento excepcional de los Menéndez Behethy, herederos de D. José, reiterado por éstos a Jorge Ricardo, y que consistía en esto:

“Obsequiará con sumo placer ejemplares seleccionados tanto de su raza lanar como de perros pastores. Los transportará gratuitamente hasta donde lleguen sus buques. Recibirá en sus establecimientos de Patagonia no tan solo en forma gratuita, sino aún abonándoles pequeños sueldos a tres o cuatro jóvenes colombianos que el gobierno quisiera enviar. Deben ser jóvenes graduados en agronomía y ojalá con una marcada vocación a la industria. En los barcos de la compañía de vapores *Suramericana*, que hace servicios periódicos hasta Nueva York, los estudiantes serían conducidos a Valparaíso y allí tomarían la línea interoceánica. Todas estas líneas pertenecen a la firma Menéndez Behety...”.

Estos datos, y otros similares muy interesantes, vieron la luz, con la más amplia difusión, antes que en *Rutas del Mundo*, en la *Revista de la Sociedad de Agricultores de Colombia*, en mayo o junio de 1941.

Pero no sabemos que funcionario alguno o entidad pública de ninguna especie, hubiese parado mientes en las posibilidades de realizar aquellas perspectivas. “Nuestro embajador doctor Chaux, —dice Vejarano— seguirá escribiendo notas y azotando su sistema con el pensamiento de que muy cerca de nosotros hay los medios de utilizar en Colombia esos centenares de miles de kilómetros cuadrados que hacen preguntar al viajero: ¿Y esto para qué servirá algún día?... Pregunta que hasta hoy, —añadimos—, no ha tenido adecuada respuesta.

Con este capítulo sobre la industria lanar que, al parecer, desentona un poco con los anteriores, termina este precioso y ya raro libro de Jorge Ricardo Vejarano, que se diría obra de un imaginativo novelista meridional. En más de un pasaje suyo, releyéndolo, hemos evocado otro viejo libro de viajes que se le parece, compuesto en el estío de 1907: *Oriente*, de Vicente Blasco Ibáñez, el gran novelista valenciano.